

todas las fases y aspectos imaginables, como si la isla, bogando sobre las olas, se hubiese transportado de los mares del Sur á los del Norte, y desde la Costa de Azur al triste país de los Cimerios.

* * *

Dos años después volví á la ermita de la Virgen.

Corría Mayo. La montaña, libre de niebla, se bañaba de pie á cima en el llameante sol, y el umbrío bosque de castaños vestía de espléndido ramaje las laderas hasta Marciana Alta. La obscura aldea parecía haber despertado á la vida, aunque continuaba sumida en apacible silencio, interrumpido tan sólo por el canto de los pájaros. Los vecinos escardaban las viñas ó enjalbegaban las casas. Algunos rasgueaban las guitarras en el dintel de la puerta.

Pregunté si había posada donde pasar la noche, y me condujeron á un tenebroso alojamiento, al cual se bajaba por peldaños resudantes todavía de la humedad del invierno, que, por su otra cara, gravitaban á manera de fortaleza sobre un precipicio. La patrona me sirvió para comer un guisado de cabra junto con un vaso atiborrado de flores, mientras que su marido levantaba la tapa de un viejo clavicordio de manubrio, de cascajoso sonido, y empezaba á dar vueltas para distraerme y abrirme el apetito. Cuando me marché á la cama vi que la patrona volvía con un manojo de hierba, cuyas briznas arrolló á manera de corona que colgó de la cabecera del lecho, diciendo: «Es la hierba de la Ascensión (estábamos en la vigilia de esta fiesta), que he ido á coger para usted en la montaña, porque da suerte á los forasteros.»

Pasé la noche siguiente en la ermita. Al dejar á la buena patrona, emprendí el camino ya conocido, por la vía pavimentada, con sus nichos de piedra, que si no servían de abrigo contra el frío, daban algo de sombra para resguardarse del sol, que batía de lleno más allá de Marciana. Sin embargo, á medida que iba subiendo, el aire ensanchaba el pecho, y el azul del cielo se confundía con el de las olas en torno de la montaña, de suerte que no era posible distinguir el límite entre el mar y el éter. El suelo estaba alfombrado de ligeras jaras blancas ó rojas, con botón de oro. Alrededor de la ermita había sombra trans-

parente, castaños con naciente hoja, el incesante gorgoteo de las cuatro fuentes, y su fresco césped esmaltado de violetas de color de malva pálido y ciclámenes purpúreos.

Desde allí volví á ver la Córcega semejante á un leviatán gigantesco, y á la derecha el islote de Capri, también dormido sobre las olas. Volví á ver cómo desaparecía el sol tras las montañas, y, en la calma de la tarde, el viejo ermitaño de cabeza de macho cabrío, que me había reconocido, me dispuso uno de los cuatro aposentos en donde estuvieron el Emperador y Walewska. Mi comida consistió en una taza de leche y un plato de habas. En cuanto al pan, era preciso ponerlo de antemano en agua para que se ablandara. La cama era tan dura como el pan, pero la estancia muy á propósito para estimular al ensueño, y por la ventana, sin cortinas, me deslumbraba el fulgor de las estrellas.

Tal es en verano la montaña de Marciana; pero apenas pasa una leve nubecilla, se posa en ella y la oculta al mundo de los vivos.

* * *

La otra carretera principal de la isla es la de Porto-Longone, Río Marina y las minas de hierro. Se dirige hacia el Sur y el Este, por el lado opuesto de la de Marciana.

Rodea en cuesta suavísima la bahía de Porto-Ferraio, que con amplitud y pureza de líneas se explaya en su marco de montañas. En uno de los parajes de más hermosa perspectiva se ven hileras de piedras que salen de un campo, restos de peldaños y arcadas hundidas contra la pendiente del suelo. Son vestigios de la dominación romana. Un anfiteatro se levantaba frente aquel lago azul; en el que, á la señal de sonoras bocinas, luchaban á vela ó á remo galeras de regata y combatían galeras de guerra, atacándose con sus espolones de cobre. El caballo que montaba moderó el paso para salvar un trozo de costa abrupta y después volvió á emprender el trote de traqueteo. Un bosque de pinos y un collado con guardias aduaneros, me indican que ya estoy en la vertiente oriental de la isla.

El primer pueblo que se descubre es Capoliveri, de aspecto rudo

y de mala nombradía. Los romanos en la antigüedad, y los pisanos en la Edad media, establecieron allí un lugar de asilo donde podían acogerse legalmente los tramposos, falsarios, quebrados, esclavos y fugitivos, aunque procediesen del continente. De esto se deriva su nombre de Capoliveri, corrupción de *Caput Liberum* en latín, y *Capo Liberi* en italiano. Se fué formando una población inmunda, cuyas fechorías aterrorizaron durante largo tiempo la isla. Tiene todo el aspecto de una guarida de bandidos, pues se asienta en la cima de una montaña y parece como si se vieran bocas de fusil por entre las paredes de las casas. Napoleón se vió precisado á despachar contra este pueblo 220 hombres de tropa y gendarmería para forzarles á pagar los impuestos. Con el tiempo se han suavizado las costumbres, pero los vecinos no se han identificado con las demás poblaciones de la isla.

La carretera baja hacia el mar, bordeada de álces, cuyas verdiazules hojas y ramas floridas se inclinan sobre las olas, y llega á Porto-Longone. Encontré alojamiento en la *Posada de María*, cuyos dueños se mostraron conmigo muy serviciales y complacientes. Más arriba del pueblo, sobre un promontorio, se alza la ciudadela, construida por los españoles de 1605 á 1619. En su recinto hay un presidio y una iglesia, con numerosas tumbas españolas (1).

Desde Porto-Longone á Río Marina la carretera es una maravilla, que culebrea por la montaña, descubriendo y ocultando alternativamente la playa. A dos kilómetros más allá de Porto-Longone, á la izquierda de la carretera, es preciso tomar un camino de hononada.

Allí, en el fondo de una garganta revestida de álces de africana corpulencia, en medio de pinos umbelíferos y de esbeltos cipreses, la humilde ermita de Montserrat ofrece al peregrino el refugio de sus rústicas enramadas, entretejidas de pámpanos. Dominanla rocas de puntiagudas agujas, en donde los rezagados pastores se llaman desde lejos. En el extremo de la larga cañada que limita el mar, se distingue un barco velero que parece deslizarse á través de las ramas de los pinos y las vilortas de los cactus. Es aquél un paraje virgiliano, en donde despierta el deseo de labrarse la morada para vivir en la paz del alma y de la naturaleza. Parece que no ha llegado allí el estruendo de

(1) En este presidio caben 800 rematados. En Porto-Ferraio hay otro capaz para 400.

las revoluciones mundanas. Tal debía ser aquel paraje cuando el dios Pan y las Driadas se perseguían en sus matorrales; tal cuando el primer eremita cristiano construyó sobre aquella roca la capilla de blancas paredes; tal, en fin, lo vio el Emperador.

Pero mi cochero se impacienta y azota la carretera con el látigo. Conviene proseguir la marcha. Aparece Río Montaña, cuyas casas, regularmente cúbicas, semejan fichas de dominó sobrepuestas. En la bifurcación de la carretera que conduce al pueblo, se ve una solitaria capilla de frontispicio triangular con pórtico á manera de templo griego. Sólo falta que llegue Dafnis á ofrecer un cabrito ó un cordero.

Mas ¡ay!, que toda esta poesía se va á desvanecer á la primera revuelta del camino. Ante nosotros enturbia la atmósfera un humo acre y negruzco que sale de la chimenea de una fábrica. Es Río Marina. ¡Adiós embalsamada maleza, valles bucólicos, melodiosos pinos y honradas gentes que cabalgáis en asnos! Entramos en la región del hierro.

Río Marina es la mancha de la isla. En parte alguna se advierte tan intenso contraste entre la verde, bella y saludable naturaleza, que crió Dios para morada del hombre, y la mancha moral y física del mundo contra naturaleza que formó el industrialismo humano. Al llegar, se experimenta ya mala impresión. En un lavadero con techumbre de palastro, algunas mujeres de ojos descarados restriegan ropa y entrecruzan chillonas cuchufletas. Una me ha visto y con una sola palabra advierte á las demás de mi presencia, y todas se vuelven hacia el forastero con burlona curiosidad. Las miro de hito en hito y sin pestañear afrontan la mirada. Me adelanto y topo con un mendigo, el primero que encuentro en la isla. Es un ser miserable y sórdido, corcovado en dos, como si tuviera el espinazo partido por la mitad. ¡Una limosna, señor!, me dice, acercándose como un tentáculo de pólipos. ¡Una limosna, una limosna, una limosna!, exclama repetidamente. Con balbucencias me da á entender que es ya viejo, que trabajaba en las minas, y que un peñasco, desprendido de la roca, le dejó en tan lastimero estado.

Sigo andando y llego á las casas de seis pisos, lúgubres como las de los arrabales de las ciudades populosas, tras cuyas paredes se advierte el amontonamiento de los inquilinos y el rebullicio de la nume-

rosa chiquillería, y se perciben olores de fritanga. De las ventanas cuelgan pingajos, y de cuando en cuando aparecen por su hueco cabezas desgredadas. De pronto veo que, pendiente de una cuerda, baja hasta el arroyo un cesto en el que el cartero pone las cartas, el tablero la carne, el panadero el pan, y la hortelana las legumbres y verduras. Es una manera cómoda de economizar las piernas, y como se acerca la hora del almuerzo, los cestos bajan y suben sin cesar, de ventana á calle y de calle á ventana.

Pero lo más particular es que todo está impregnado de un color rojizo uniforme, de color de herrumbre, que tñe las casas de alto abajo, y embadurna cara, manos y vestidos de las personas, las hojas de los árboles y la hierba del suelo. Parece surgido de un volcán aquel polvillo de hierro que á todo se adhiere y todo lo recubre. No tarda el forastero en verse empolvado también por la impalpable ceniza, que el viento amontona y levanta en torbellinos.

He ahí un borracho. Como el mendigo, es el primero que veo en la isla. Se me echa encima y me estrecha efusivamente las manos, al paso que me espeta un patético discurso del que no entiendo palabra. Son ya cerca de las doce, y como el sol abrasa, me refugio en la *Posada Restaurante*, de Río Marina.

El comedor está lleno de mugre, los manteles sucios, los jarros negros de moscas, y la comida es tan grasienta como los platos en que la sirven. Algunos viajeros de comercio comparten conmigo aquella bazofia repugnante y corean mis reclamaciones, del todo inútiles. En la cuenta me ponen el doble que á mis vecinos, pero lo echo de ver, y como no quiero dejarme desollar, todos los huéspedes salen á mi defensa, y el posadero consiente al fin, como perro azotado, á no robarme ni más ni menos que á los otros. Con ademanes de arrogancia y descontento recoge la cuenta del 200 por 100, y sin quitarse el casquete, que parece atornillado en su cabeza, vuelve al mostrador á enjugar los vasos con las manos sucias. ¡Oh industrialismo horrible, que corrompes y encanalleces cuanto tocas! ¡Nos has hundido en todas las abyecciones y en todos los vicios que medran á tu sombra!

Las minas no ofrecen mucho interés. Se explotan al aire libre y basta agacharse para recoger el mineral, que, cargado en vagonetas, se vierte directamente en los buques atracados junto á la montaña.